

OK SANTIAGO PEREZ TRIANA

OK

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

El nombre de Santiago Pérez Triana, aunque suena en el ambiente colombiano, algunas veces confundido con el de su ilustre padre, como el de un escritor notable y hasta como un orador de fama internacional, no se lo conoce, a nuestro juicio, en todo lo que vale y pesa, no digamos en el dominio de las letras castellanas, pero ni siquiera en su propia patria de origen, excepto en pequeños círculos intelectuales capacitados para valorar a conciencia los quilates de pensador de este hombre prodigioso que paseó su inteligencia sobre temas diversos, con capacidad múltiple, e ilustración inagotable.

Vino a la vida Pérez Triana en la blasonada ciudad de Bogotá, el 15 de septiembre de 1858, en el seno de una familia en que se conjugaban dos apellidos de honda raigambre intelectual en Colombia, que habían producido, o estaban dando geógrafos, investigadores de ciencias naturales, políticos, pedagogos, buenos escritores y en el que florecían las más acendradas virtudes de la sociedad santafereña del siglo pasado. Su padre, el doctor Santiago Pérez, que era maestro por vocación y por estudio, dirigió la primera educación de ese niño que, no solamente heredaba su nombre, sino su poderoso talento y las disposiciones oratorias en que los dos fueron estrellas de primera magnitud, en un país de grandes tribunos, pero lo que no pudo lograr el padre, a quien el ambiente improvisó para la lucha diaria, sin oportunidad para desarrollar sus espléndidas facultades, le estaba reservado al hijo, que en colegios y universidades extranjeros, especialmente en Alemania, pudo cultivarlas con todos los medios a su alcance y ocupar la sobresaliente posición intelectual que conquistó en un mundo en que sólo pueden triunfar los espíritus verdaderamente superiores.

El ambiente europeo modeló su inteligencia de dimensiones extraordinarias, lo nutrió de la sabiduría de las viejas civilizaciones y culturas, le comunicó sus gustos y modos de ver la vida, pero

no lo europeizó totalmente; perduró en él la emotividad latina americana, el genio chispeante del lejano hogar bogotano, la posición elegante que aconsejaba Eça de Queiroz de contemplar el espectáculo humano con las gafas del humorismo que aprendió de niño en el círculo de los costumbristas y sobre todo, y por sobre todo, conservó siempre la más vigilante preocupación por los problemas de progreso de su convulsionada patria, a la que sirvió y procuró ayudar con amor entrañable.

Decíamos al principio que la capacidad de expresión de Pérez Triana fue múltiple, como múltiples fueron sus talentos e inagotable la vena de su variada y profunda ilustración. En efecto, su espíritu inquieto, abierto a todos los horizontes, se ejerció sobre las más diversas disciplinas, al parecer inconexas, pero que consideradas en conjunto no respondían después de todo sino a una sola e irrevocable vocación: la de comunicar a sus semejantes sus experiencias y meditaciones, a medida que los hechos y los días solicitaban su apostolado de enseñanza. Así fue economista, orador de fama mundial, poeta, internacionalista, conversador exquisito, costumbrista, sociólogo, columnista de temas trascendentales y "escritor políglota y cosmopolita", como lo llamó Rubén Darío, según se asomara al espectáculo humano el hombre de negocios, el estadista, el literato, el gran señor que fue toda su vida y el periodista que llevaba fundidos en él con atributos superiores.

Aunque permanentemente alejado de Colombia, seguía con interés, a la distancia, todas las etapas de la vida nacional. Ninguno de sus problemas vitales le era indiferente y su pluma se movía ágil para comentarlos y dar la voz de alerta ante los peligros que él veía cernirse, a principios del siglo, sobre los pueblos débiles, habida cuenta de la política internacional reinante. La pérdida de Panamá lo afectó hondamente y por ello expresó su indignación y su protesta en la prensa de ambos mundos y desde allí tomó a su cargo la defensa de los pueblos latino americanos con mayor vehemencia y con el resultado de abrir paso a una política de comprensión y solidaridad continental.

Sus libros sobre asuntos colombianos: **Desde lejos** (Madrid, 1909), **Desde lejos y desde cerca** (Londres, 1909) y **Eslabones sueltos** (Londres, 1910) señalaron pautas al progreso del país necesitado más que nunca entonces de conductores capaces y experimentados.

En el plano internacional, donde Pérez Triana dominaba como en campo propio, cosechó los mayores triunfos de su vida. Sus actuaciones tanto en la Conferencia de La Haya, en 1906, como en la reunión financiera panamericana de Washington, en 1915, lo destacaron como uno de los más grandes estadistas y oradores de Europa y América y no solamente le conquistaron el aplauso irrestricto de sus oyentes por los discursos que pronunció en esas solemnes ocasiones, sino el respeto para los países menores que él representaba. En la revista **Hispania**, que fundó en Londres, en 1912, en asocio de Sanín Cano y Enrique Pérez, sentó cátedra de pacifismo y abordó, con la autoridad y el prestigio de un maestro, los temas de mayor preocupación internacional de su época. No cejó un punto en la defensa de los intereses de las pequeñas naciones. Si alguien merecía el premio Nobel de la paz, dijo un periodista inglés, ese era Pérez Triana, predicador incansable del entendimiento de los pueblos, dentro de los dictados de la comprensión y la justicia.

Literato exquisito, en todas sus producciones se advierte una manera muy personal suya de decir las cosas para crear interés al rededor de los temas, así fueran los más abstrusos, y hacerlos llegar al lector desprevenido en prosa elegante, diáfana, matizada de anécdotas, henchida de ideas, siempre en función de enseñar deleitando. Por ello sus libros **Reminiscencias Tudescas** (Madrid, 1902), **De Bogotá al Atlántico** (Madrid, 1905), **Cuentos a Sonny** (Londres, 1906) y sus cuadros de costumbre **De la Vera del Camino** publicados en **Hispania**, se leen aún con cariño y conservan la permanencia de las obras destinadas a perdurar en los tesoros de la lengua.

Cuando aún se sentía el estrépito de la primera hecatombe mundial, sobre la cual escribió Pérez Triana su formidable libro **Algunos Aspectos de la Guerra** (Londres, 1916), cerró los ojos para siempre en su acogedora quinta de Riverdale en el Middlesex. Su desaparición fue señalada por eminentes escritores como una pérdida irreparable para la cultura mundial. Los pueblos de América perdían igualmente al más autorizado de sus voceros y Colombia a uno de sus más grandes hijos de todos los tiempos.